

## MICROCOSMOS: EL HOMBRE DEL NUEVO MUNDO Y LA TRADICIÓN GRECOLATINA

Marcelo RAMÍREZ RUIZ

Los colonizadores del Nuevo Mundo sostuvieron con la antigüedad grecolatina un amplio diálogo sobre las formas y estructuras del universo. Problemas importantes como el de la influencia del calor y del frío sobre el cuerpo y el alma del hombre, fueron replanteados a propósito de la experiencia colonizadora de las regiones tropicales; a partir de las interpretaciones de la física aristotélica y la medicina hipocrático galena se redefinieron las relaciones del hombre microcosmos con el universo macrocosmos. Y en esa reelaboración, el discurso de médicos, cosmógrafos y frailes coincidió en afirmar que Nueva España tenía una naturaleza que predispone a la degeneración del cuerpo y del alma; y que la salud del alma requiere el deterioro del cuerpo.

En la apreciación de los colonizadores, el hombre natural está hecho de materia, y como la materia no existe sin su contrario, su cuerpo sufre las transformaciones de la contradicción, cambia de lugar, se desgasta, enferma y envejece. Y ya que “todo lo que tiene un contrario no es de ninguna manera eterno”,<sup>1</sup> finalmente muere y se descompone. Al igual que en cualquier animal o vegetal, los *contrarios activos*, frío y calor, fluyen entre su cuerpo y el mundo exterior trasladando con ellos a los *contrarios pasivos*: la humedad y sequedad. Así, la naturaleza del hombre depende de las proporciones con que las cuatro calidades participen en su cuerpo; y su alma será más o menos activa, inteligente o torpe, valiente o cobarde, belicosa o pacífica, de acuerdo con la movilidad del alma en el cuerpo, la cual depende del grado de predominio del fuego (mayor rapidez) o del agua (mayor lentitud) y de la amplitud de los poros por los que se desliza en el cuerpo para animar sus diferentes partes.

Veamos pues, cómo los cronistas utilizaron estos principios para describir la naturaleza del Nuevo Mundo y de Nueva España.

<sup>1</sup> Aristóteles, *Parva Naturalia*, traducción, introducción y notas de Jorge A. Serrano. Madrid, Alianza Editorial. 1993, 177 p.; “De la longevidad y de la brevedad de la vida”, 3; p. 125.

### *El hombre como figura refleja del cosmos*

Una larga tradición médica, astrológica, física, arquitectónica y artística consideró al cuerpo del hombre como una composición semejante al orden cósmico; el hombre natural era un “*universum corpus*”, “una fábrica humana” que reproducía en su estructura al universo entero.<sup>2</sup> Como en su disposición exterior, también en su interior el cuerpo del hombre presentaba un orden proporcionado de acuerdo con los criterios de la complejidad, oficio, sitio, figura, grandeza, color, dureza, blandura, aspereza y correspondencia. Estaba organizado a partir de tres principios: mantenimiento (hígado), vida (corazón) y movimiento (sesos);<sup>3</sup> con partes simples y compuestas, húmedas o secas, frías o calientes, “espermáticas” (que “toman principio de la simiente del hombre”) y aquellas que “toman principio en el vientre, de la sangre de la mujer, fuera, del mantenimiento cotidiano”.<sup>4</sup> La correspondencia del interior del cuerpo del hombre con el cosmos es más explícita en la doctrina médica de Paracelso:

En realidad, si el hombre no hubiera sido constituido dentro del orbe y de todas sus partes, el pequeño mundo del microcosmos no hubiera podido existir ni hubiera sido capaz de recibir todo lo que el Gran Mundo produce. Por eso resulta que todo cuanto el hombre come o consume es verdaderamente una parte de sí mismo y que, habiendo nacido del Macrocosmos y siendo en cierto modo semejante a él, forma parte también del Gran Mundo.<sup>5</sup>

<sup>2</sup> Paracelso, *Obras completas*, traducción y estudio preliminar de Estanislao Lluésma Uranga, Barcelona. Edicomunicación, S. A., 1989. “Libro de las entidades”, cap. IV; p. 56. Henrico Martínez planteó en los siguientes términos las similitudes entre el cuerpo humano y el orden universal: “Toda la máquina del universo mundo es semejante a un individuo, conviene a saber semejante a una persona, y así como en el hombre no hay miembro, parte ni sentido que no sea útil y necesario para la perfección y conservación de su vida, así en el cielo no hay parte ni estrella por mínima que sea que no tenga su particular virtud e influencia, conveniente y necesaria para la perfección y permanencia de todo el cuerpo del mundo; porque Dios nuestro Señor, autor de naturaleza, no creó cosa baldía, antes las ordenó en cuenta, peso y medida, como lo testifica la sagrada Escritura; y así como el principal intento de cada miembro o sentido del cuerpo humano es la conservación y servicio de todo el cuerpo, así cada parte del Mundo procura con natural inclinación la permanencia de todo el universo, para cuyo ministerio fue creada”, Henrico Martínez, *Reportorio de los tiempos e Historia Natural de Nueva España*, introducción de Francisco de la Maza, apéndice bibliográfico de Francisco González de Cosío, México, Secretaría de Educación Pública, 1948, 317 p.; tratado primero, cap. IV; p. 6.

<sup>3</sup> Ioan Valverde de Hamusco, *Historia de la composición del cuerpo humano*, Roma, impresa por Antonio Salamanca y Antonio Lafreya, 1556; libros III-VI; p. 63-107. Andreas Vesalius, *De humani corporis fabrica libri septim*, Bruxelles, Impr. Anastatique, 1555, 824 p.

<sup>4</sup> Ioan Valverde, *op. cit.*, libro I, p. 1-2.

<sup>5</sup> Paracelso, *Obras completas*, “Libro de las paradojas”, libro II, cap. II, p. 215.

Por eso, “cada miembro externo” tiene su “correlativo miembro interno”, “en el Gran Mundo están todas las proporciones humanas, divisiones, partes y miembros, así como el hombre en su totalidad”.<sup>6</sup> A través de signos visibles en nuestro cuerpo se conocen las semejanzas e influencias entre los siete planetas y las partes del cuerpo: Luna-cerebro, Sol-corazón, Saturno-bazo, Mercurio-pulmones, Marte-bilis, Venus-riñones y Júpiter-hígado.<sup>7</sup>

El análisis de las condiciones superiores e inferiores de un lugar servía finalmente “para conocer la naturaleza y disposición del cuerpo humano”, considerado como “humana fábrica”, “pequeño mundo” o “microcosmos”. Convertido en una extensión de la tierra que habita, la naturaleza del hombre corresponde a la naturaleza exterior. En sus apuntes, fray Bartolomé de las Casas comenta el mecanismo preciso de esa integración en dos sentidos: la “frialdad exterior —nos dice— encierra y tapa o tupe los poros, agujeros o caminos de los espíritus o huelgos [de un hombre], y por esto el calor natural, al intrínseco recogido, hácese dentro más fuerte”, y esto provoca en el cuerpo “mucho calor”, “mucho sangre” y “mucho ánimo”; pero también “entendimientos no sutiles”, “ni vivos”, “ni ingeniosos”. Por el contrario, el “calor exterior, que es el de la misma región, abre los poros y caminos y hace botar y exhalar fuera y perderse lo húmedo, el cual lleva consigo el calor que está dentro natural”, lo cual provoca “poca sangre”, “poco calor”, “pocos espíritus”, “viveza del entendimiento”, y también timidez, cobardía y poco ánimo.<sup>8</sup>

De acuerdo con este razonamiento, el temperamento del hombre se asemeja al temperamento exterior, pero en un sentido a la vez inverso y continuo: si la tierra es moderadamente fría, el hombre hácese por dentro caliente y húmedo; por el contrario, si es caliente sin exceso se hace frío y seco.

Si el frío o el calor de la tierra no son moderados sino excesivos, los lugares son inhabitables porque las criaturas no pueden equilibrar el calor y la humedad de sus cuerpos con los excesos exteriores. Si es demasiado el calor exterior, el calor interior de los cuerpos fluye hacia afuera como si se tratara de una pequeña corriente absorbida por un gran caudal. Si es demasiado el frío exterior, la humedad interior se congela.

<sup>6</sup> *Ibid.*

<sup>7</sup> *Ibid.*, “Libro de las Entidades”, “Tercer libro pagano acerca de las entidades morbosas”, “Tratado de la entidad natural”, VII; p. 95; Martínez, *op. cit.*, tratado primero, cap. I; p. 5.

<sup>8</sup> Las Casas, *Apologética*, libro II, cap. XXIV; t. I, p. 119. Henrico Martínez, *op. cit.*, tratado tercero, cap. XIII; p. 177-178.

*Calor y humedad, principios de la vida y de la muerte*

La pérdida de calor y humedad en los animales, las plantas o los hombres es pues el principio de la enfermedad, la descomposición, el envejecimiento y la muerte:

la vida y sustentación del cuerpo humano consiste en la proporción y armonía de las cuatro calidades que provienen de cuatro elementos de que somos compuestos, conviene a saber, humedad, calor y frialdad, y sequedad, y principal y señaladamente consiste en la proporción y concierto del calor y humedad y de solas estas dos hace mención Aristóteles[...]<sup>9</sup>

El calor, o el fuego interior, se alimenta de la humedad “como el fuego en el aceite de la lámpara”; y al igual que el aceite, la humedad se gasta hasta agotarse y viene entonces el fin del fuego y de la vida. La humedad se renueva con los alimentos, pero de manera limitada. El único sustento que alguna vez tuvo la calidad suficiente para reparar la cálida humedad en el cuerpo del hombre, tanto que lo haría inmortal, fue la fruta del “Árbol de la vida” localizado en el paraíso terrenal. Expulsado a la tierra corruptible, al hombre sólo le quedaron los otros alimentos que no logran restituírle la calidad original, aunque también contengan los cuatro elementos.<sup>10</sup> La idea de que la descomposición

<sup>9</sup> Pedro Mexía, *op. cit.*, cuarta parte, cap. 21; por su parte, Juan de Cárdenas anotó en los siguientes términos la relación entre calor y humedad en los seres vivos: “de la misma suerte que la vida del hombre o del animal consiste y se conserva en calor y humedad, en calor por cuanto este es el principal instrumento con que todas las potencias del cuerpo viviente obran y ejecutan sus actos y obras de vida, y en humedad por cuanto ésta es el pasto y sustento natural del calor, así y casi por ese propio modo, todo género de planta en cuanto es cuerpo viviente y vegetable, pide las mismas dos calidades de calor y humedad para poder vivir, crecer y fructificar”, Juan de Cárdenas, *Problemas y secretos de las Indias Occidentales*, México, Bibliófilos Mexicanos, 1965, 272 p.; cap. VIII; p. 46. Más adelante, al inicio del libro tercero de su obra apuntó que “el ejemplo de la candela es maravilloso” para explicar la relación entre el calor y la humedad en un organismo vivo: “la candela dura y se conserva (como no la maten) mediante su natural calor y la humedad del aceite, y en tanto dura más en cuanto este calor y humedad no le faltan; y en el mismo punto, que cualquiera de estas dos calidades le falta, muere ella de suyo y se apaga, y así es la vida del hombre, que en faltándole el calor o la humedad sustancial en que ese calor se conserva, al punto muere sin que otra ocasión le mate, luego según esto, el [hombre] que más humedad natural y más calor proporcionado a la vida tuviere, ése vivirá más”, *ibid.*, libro tercero, cap. I; p. 182-183.

<sup>10</sup> En esta apreciación, las primeras generaciones tuvieron mejor complejón que las contemporáneas porque la herencia de Adán, el hombre de mayor calidad natural, no se había desgastado; la tierra estaba más fértil y gruesa y las plantas que crecían de ella obtenían más nutrimentos. En los primeros tiempos los planetas dispensaban influencias más benignas “porque no habían pasado tantos aspectos, tantas conjunciones y eclipses y otras impre-

de un cuerpo deriva de la pérdida de su calor y humedad interiores es parte de la física aristotélica, la cual sugiere que al apropiarse de cualquier cuerpo las calidades contrarias (frío y sequedad), perece o se destruye irremediamente. En su *Meteorológica*, el filósofo anotó que la descomposición es “la destrucción del calor natural y peculiar en cualquier sujeto húmedo por el calor externo, el cual es el calor del medio ambiente”.<sup>11</sup> Mientras más excesivo sea ese calor exterior, más domina al calor interior y lo extrae por los poros abiertos en la piel, junto con la humedad; por eso la descomposición se da menos en invierno que en verano y más en las regiones tropicales que en las templadas. Al comentar las relaciones entre el medio ambiente y los animales el mismo Aristóteles anotó que “el lugar tiende a restablecer en un justo equilibrio el exceso de la cualidad” de un cuerpo, y por eso lo deseable sería que si el cuerpo es de naturaleza fría se hallara en un ambiente (moderadamente) caliente; y si es de naturaleza caliente en un medio (moderadamente) frío; así pues, las calidades contrarias —una la del ambiente y otra la de un cuerpo— tenderían a nivelarse cuando no excediera demasiado una a la otra.<sup>12</sup> Esto sólo sucedería en aquellas regiones “templadamente cálidas” o “templadamente frías”, porque en las demás, el exceso exterior desarreglaba y destruía irremediamente la composición de los seres.

Tenemos pues que un organismo vivo puede descomponerse de dos maneras: a) cuando agota el calor y la humedad de su cuerpo; y b) cuando una de las dos calidades activas es excesiva en el ambiente exterior: si es demasiado frío, tanto que un organismo no logra contrarrestarlo, se congela su humedad interior. Si lo que predomina es demasiado calor, el calor interior de un cuerpo fluye fuera a través de sus poros, y con él la humedad, dejando al cuerpo frío y seco. Así, el calor y la humedad son fuente de vida, pero también de destrucción cuando son excesivas. Este razonamiento llevó a los filósofos de la naturaleza y a los médicos a pensar que la asociación de la humedad con el calor,

siones, que tantas alteraciones y variaciones han causado en la tierra y en los elementos”. Antes de que el tiempo desgastara y disminuyera la naturaleza, los hombres eran corpulentos como gigantes y vivían más de novecientos años, pero después del diluvio la tierra quedó salinizada y delgada, los hombres viven menos y se enferman más, Pedro Mexía, *op. cit.*, primera parte, cap. 1.

<sup>11</sup> Aristóteles, *The works of Aristotle*, Chicago, Encyclopaedia Britannica, c.1952. El texto y anotaciones de esta edición son la reimpresión de *The works of Aristotle*, traducido al inglés bajo la dirección de W. D. Ross, por arreglo con la Oxford University Press (Great books of the western world, 8-9). (Volumen 3: Meteorológica, De Mundo, De Anima, Parva Naturalia, De spiritu). “Meteorológica”, Book IV, 1; 379<sup>a</sup>-379<sup>b</sup>.

<sup>12</sup> Aristóteles, *Parva naturalia*, “De la juventud y de la vejez, de la vida y de la muerte, y de la respiración”, p. 167.

lejos de ser una fuente de vida, es el principio de la descomposición. En 1594, en un capítulo adicional a su *Examen de ingenios para la ciencia*, publicado por primera vez 19 años atrás, el médico Juan Huarte anotó lo siguiente de la complexión cálida y húmeda:

dicen todos los médicos y filósofos que es la causa total por donde las cosas naturales se pierden y corrompen. Porque el calor, juntamente con la humedad puesto en el ambiente relaja y afloja los elementos que están en la compostura del mixto y los saca de la unión, y así cada uno -dice Aristóteles- se va por su parte.<sup>13</sup>

El calor y la humedad relajan, ablandan y desintegran las cosas; engendran putrefacción, corrupción y males sucios:

el calor y la humedad son las calidades más dispuestas en engendrar corrupción, putrefacción e inmundicia, de cuantas hay; con calor y humedad se ensucian y podrecen las llagas; con calor y humedad se corrompen todas las cosas y el cuerpo muy caliente y húmedo es el más sujeto a putrefacción, corrupción y males sucios y hediondos entre todas las complexiones, y así vemos que en ningunas tierras del mundo menos se conservan las carnes, frutas y mantenimientos que en las calientes y húmedas, y más en tiempo caliente, porque como digo, calor y humedad inclinan y disponen a toda corrupción; otrosí vemos que en tiempo o tierra caliente y húmeda siempre sudan los hombres, y si allí no se vive con mucha limpieza, echan de sí un insufrible hedor, mayormente el negro y el indio, que de su propia naturaleza son cuerpos sucios, y esa suciedad es la que piden las bubas para su conservación, y advierta el lector en esto, y verá que estas Indias, por vivir con suciedad y descuido grande en su limpieza, se dañan siempre por las partes que en sí tienen más sucias de su cuerpo.<sup>14</sup>

Al asociar a las Indias Nuevas con la combinación cálida y húmeda, autores como Juan de Cárdenas hicieron de estas tierras el sitio que “dispone a toda corrupción”; tanto así que el “mal de bubas”, que deformaba y destruía los cuerpos, fue también llamado “la fruta de la tierra” o el “mal de las Indias” que, según el médico, se dispersó desde América a los otros continentes después de 1492:

<sup>13</sup> Juan Huarte de San Juan, *op. cit.*, “Digresión acerca de la sal”, edición de 1594 (variantes), p. 440; *Tratados hipocráticos*, Madrid, Editorial Gredos, 1986, 6 v. Biblioteca Clásica Gredos, 90; v. I, *Aforismos*, 17; p. 259. Andrés Laguna, “Materia médica”, introducción a “Dioscórides”, en *Científicos griegos*, recopilación, estudio preliminar, preámbulos y notas por Francisco Vera. Aguilar, Madrid, 1970; p. 621.

<sup>14</sup> Juan de Cárdenas, *op. cit.*, libro tercero, cap. V, p. 203.

Digo pues ahora que como en general toda esta tierra de las Indias sea caliente y húmeda (que es la complexión que más conserva la suciedad y putrefacción de todas) y como por el consiguiente, críe y produzca en sí sujetos inmundos y sucios, como llanamente los son los indios y negros, no es mucho que mal tan sucio como este de las bubas, se conserve y abunde más en esta tierra, que en otra ninguna de las del mundo, y así tengo por imaginación decir, que este mal tuvo origen [no] de los franceses, ni de los españoles ni de otra nación alguna, sino de los indios, los cuales al tiempo que esas occidentales Indias se conquistaron, lo pegaron a los españoles, y éstos lo llevaron a España, de donde se comenzó a derramar la maldita semilla y contagión del dicho mal por todo el mundo, y no queramos de esto más muestra, que ver que no ha más que se conocen bubas en Europa, de lo que ha que se ganaron las Indias, y digo más, que aunque los autores dicen ser esta mal moderno, yo entiendo que es moderno para los de allá [de Europa], pero para las Indias, imagino que desde que indios las comenzaron a habitar, hay bubas en ellas, porque el propio temple y constelación de la tierra lo trae consigo.<sup>15</sup>

Si Sahagún asoció las constelaciones y el temple de las Indias Nuevas con los males del alma, Cárdenas las relacionó con la suciedad, la enfermedad y la corrupción acelerada del cuerpo.

### *Los humores melancólico, colérico, sanguíneo y flemático*

La tradición que recogen los cronistas de Indias, argumentaba que el cuerpo humano, como cualquier otro cuerpo natural, está formado de los cuatro elementos (agua, tierra, aire y fuego) y de cuatro calidades correspondientes a ellos:

estas calidades —escribió Henrico Martínez— se llaman humores, de los cuales los dos son de todo punto contrarios, conviene a saber el humor colérico, que es comparado al elemento fuego, es contrario al humor flemático, que tiene semejanza con el agua, porque la naturaleza de éste es húmeda y fría, y la de aquel cálida y seca; y la misma contrariedad hay entre el humor melancólico y el sanguíneo.<sup>16</sup>

El humor melancólico es frío, seco y ácido; semejante al otoño y a la tierra. El humor sanguíneo tiene las calidades contrarias: es caliente, húmedo y salado; semejante al verano y al aire. Los otros dos calida-

<sup>15</sup> *Ibid.*; p. 204.

<sup>16</sup> Henrico Martínez, *op. cit.*, tratado cuarto, cap. II, p. 201.

des completamente contrarias son, como cita Martínez, el humor fleumático y el humor colérico: mientras la flema es fría, húmeda y dulce, semejante al invierno y al agua; la cólera es caliente, seca y amarga, semejante al fuego y al estío.<sup>17</sup>

Si bien en todas las personas existen los cuatro humores, estos se comportan de manera diferente en cada una. Es decir que las “complexiones individuales” y “la disposición diversa de otras en singular”<sup>18</sup> dependen de la proporción que guarden entre sí los humores en el cuerpo de un hombre; o lo que es lo mismo: la “nota temperamental dominante” en el “cuerpo de todas y cada una de las criaturas” está dada por la predominancia de uno de los cuatro sabores de la tierra: ácido, amargo, dulce o salado.<sup>19</sup>

Estos conocimientos, reeditados durante la Edad Media y el Renacimiento, nos remiten a la tradición hipocrática e incluso presocrática. Así, en *Sobre la medicina antigua* (elaborado entre fines del siglo V y principios del IV a. C.) leemos lo siguiente:

en el organismo se encuentra lo salado, lo amargo, lo dulce, lo ácido, lo astringente, lo insípido y otros muchos elementos más, dotados de principios activos distintos en cantidad y fuerza. Mezclados y combinados unos con otros, pasan inadvertidos y no perjudican al hombre; pero en el momento en que alguno se disgrega e individualiza, entonces se deja sentir y causa sufrimiento al hombre.<sup>20</sup>

Este principio hipocrático de que el equilibrio de los contrarios en el cuerpo es salud y el predominio de uno de ellos genera la enfermedad, halla sus antecedentes en planteamientos de los filósofos presocráticos, quienes sostuvieron que “...Una mezcla bien proporcionada de las cualidades” contrarias en un individuo genera salud; una mezcla desproporcionada, enfermedad.<sup>21</sup> Los contrarios se hallan presentes en cada uno de nosotros, repitió Henrico Martínez a principios del siglo XVII desde la Nueva España, “a modo de guerra, procurando cada uno de ellos prevalecer contra su contrario”. Tal equilibrio no es universal a la especie sino proporcionado a la complexión de cada individuo: así, mientras cada uno de los opuestos “no tiene más fuerza de

<sup>17</sup> Las Casas, *Apologética*, libro II, cap. XXXII; t. I, p. 166.

<sup>18</sup> *Ibid.*

<sup>19</sup> Paracelso, *Obras completas*, “Libro de las Entidades”, “Tercer libro pagano acerca de las entidades morbosas”, cap. X; p. 100.

<sup>20</sup> *Tratados hipocráticos*, v. I, *Sobre la medicina antigua*, 14; p. 153.

<sup>21</sup> *Los filósofos presocráticos*, 396, t. I, p. 251-252. Esta misma idea aparece expresada en el documento 431, t. I, p. 261.



aquella que es acomodada al sujeto en que asiste, está el tal sujeto sano y permanece [estable y vivo]”, pero si uno de los humores prevalece sobre los otros, “se destiempla el cuerpo y vienen a perecer, si la misma naturaleza por sí, o ayudada con el arte [médico], no corrige el humor desenfrenado”.<sup>22</sup> La descomposición del equilibrio de los contrarios en el cuerpo se deriva pues, como ya lo había anticipado Alcmeón, de dos causas:

la primera y más común es por los varios excesos que los hombres suelen hacer. La segunda sucede por la virtud y concurso de la influencia celeste, que a veces fortalece a un humor y debilita a otro, y también suelen concurrir estas dos causas juntas, de suerte que la calidad del exceso y la del influjo celeste, y aún la complexión de la persona, vienen a ser conformes en destemplar el cuerpo aumentando algún humor; y cuando esto sucede suelen ser las tales enfermedades graves y agudas.<sup>23</sup>

Cada naturaleza (cada complexión) está predispuesta a recibir las influencias de los alimentos, del aire, de los planetas a través de la Luna, del agua y de la templanza o destemplanza de la tierra que habita; según las variaciones en el régimen alimenticio y de acuerdo con los cambios estacionales y celestes, el cuerpo tiene que adoptar constantemente un nuevo equilibrio; y si no lo logra, enfermará; y si no restablece la anterior proporción, morirá. Lo mejor para el cuerpo sería la estabilidad permanente en el punto de equilibrio de los contrarios: no cambiar costumbres, ni hábitos, ni alimentos, ni aires, ni tierras, ni aguas, ni influencias celestiales cuando uno se halle en el estado de salud, pero lo propio de nuestro mundo es precisamente el cambio, porque es la región donde todo se corrompe. Si “mudar costumbre es a par de muerte”,<sup>24</sup> también lo es que los planetas no contrarresten las fuerzas extremas del calor o del frío, de la humedad y sequedad, y en cambio fortalezcan una sola, lo cual destempla al aire, a la tierra, a las

<sup>22</sup> Henrico Martínez, *op. cit.*, tratado cuarto, cap. II; p. 201.

<sup>23</sup> *Ibid.* Sobre este mismo asunto que se refiere a las causas de las enfermedades, el médico Juan Huarte de San Juan manifestó una opinión muy aproximada a la de Henrico Martínez: “Pero viviendo como vivimos en regiones destempladas, y con tantos desórdenes en el comer y beber, con tantas pasiones y cuidados del ánimo, y tan continuas alteraciones del cielo, no es posible dejar de estar enfermos, o por lo menos destemplados. Y como no enfermamos todos con un mismo género de enfermedad, no seguimos comúnmente todos una misma opinión, ni tenemos comúnmente un mismo apetito y antojo, sino cada uno el suyo conforme a la destemplanza que padece”, Juan Huarte de San Juan, *op. cit.*, segundo proemio, 7, p. 34.

<sup>24</sup> Juan de Cárdenas, *op. cit.*, libro tercero, cap. VII, p. 209.

cosas y a todos los seres vivos. Sujeto a los cambios estacionales como cualquier animal, al hombre le quedaba compensar con calidades contrarias las influencias cósmicas a través de la dieta y de la medicina; sin embargo, a pesar de todas las precauciones y cuidados, finalmente en cada hombre predominaba un humor desde su nacimiento; su naturaleza consiste en esa “nota temperamental dominante” derivada de la propia complejión de sus padres, del régimen alimenticio que llevaban al momento de engendrarlo y de la influencia celeste que predominaba cuando fue concebido y cuando nació. La naturaleza es pues una complejión física, pero también un destino y una condición moral.

De acuerdo con Henrico Martínez, los hombres melancólicos son tristes,<sup>25</sup> los flemáticos son flojos, los sanguíneos alegres y los coléricos son prestos y diligentes.<sup>26</sup> La frialdad y humedad de los flemáticos, anotó Juan Huarte, los hace aborrecer a las mujeres, que también son frías y húmedas. Por el contrario, la naturaleza cálida y seca de un colérico lo hace perderse por ellas; además aborrecen el estío porque también es cálido y seco y prefieren en cambio el invierno (frío y húmedo) para temperar su naturaleza; el vino (cálido y seco) los acaba y el agua (fría y húmeda) los reconforta.<sup>27</sup>

En los tratados hipocráticos, leemos que la naturaleza particular de cada hombre lo dispone bien o mal para cada una de las estaciones;<sup>28</sup> así, los de complejión fría y húmeda (flemáticos) tienen “cuer-

<sup>25</sup> El crónico predominio del humor melancólico en un individuo producía la enfermedad de la melancolía a la que estaban sujetos, según Robert Burton, sobre todo los hombres poco activos, los amantes de la vida contemplativa, los grandes estudiosos y los misántropos por naturaleza. La melancolía era “una especie de debilidad mental y delirio sin fiebre, acompañado de temor o tristeza sin causa aparente”, Robert Burton. *Anatomía de la melancolía*, Argentina, Espasa Calpe. 1947; p. 18-19. Juan Huarte de San Juan, *op. cit.*, cap. VI de 1575 y IX de 1594, 4; p. 167. Para una aproximación a los tratados sobre la melancolía durante el siglo XVI véase el estudio de Roger Bartra, *El siglo de oro de la melancolía. Textos españoles y novohispanos sobre las enfermedades del alma*, México, Universidad Iberoamericana: Departamento de Historia, 1998, 463 p. También se anexan en esta edición el *Libro de la melancolía* (1585) de Andrés Velázquez y fragmentos de los trabajos de Pedro de Mercado, Alonso López de Hinojosos, Agustín Farfán y Juan de Barrios que tienen que ver con la melancolía. Para el estudio de la relación entre la melancolía y la idea del salvaje consúltense del mismo Roger Bartra, *El salvaje en el espejo*, México, Ediciones Era-UNAM, 1992, 219 p.; y *El salvaje artificial*, México, Ediciones Era-UNAM, 1997, 272 p. Para una aproximación histórica a la melancolía es fundamental el trabajo de Raymond Klibansky, Erwin Panofsky y Fritz Saxl, *Saturno y la melancolía. Estudio de la historia de la filosofía de la naturaleza, la religión y el arte*, versión española de María Luisa Balseiro, Madrid, Alianza Editorial, 1991, 427 p.

<sup>26</sup> Henrico Martínez, *op. cit.*, tratado primero, cap. XIII; p. 19. Las manifestaciones anímicas de los humores dependen también del grado en que dominen en el cuerpo. Eran cuatro las gradaciones posibles: primera, segunda, tercera y cuarta; el acrecentamiento de una calidad en el cuerpo va del primero al cuarto grado.

<sup>27</sup> Juan Huarte de San Juan, *op. cit.*, segundo proemio, 3; p. 32.

<sup>28</sup> *Tratados hipocráticos*, v. I, *Aforismos*, sección tercera, 2, p. 237.

pos más enfermizos en invierno que en verano, en primavera que en otoño”, precisamente porque el invierno, frío y húmedo, acrecienta su naturaleza hasta hacerla insoportable; mientras el verano la modera con las calidades opuestas, lo caliente y seco. También la primavera les ayuda porque es caliente, aunque no tanto pues es húmeda. Estas naturalezas envejecen rápido.<sup>29</sup> Los de naturaleza cálida y húmeda (sanguínea) “enferman sobre todo en primavera, y muy raramente en otoño, porque en la primavera hay un exceso de la humedad, y en el otoño una justa proporción de sequedad”.<sup>30</sup> Los hombres sanguíneos son de más larga vida por participar moderadamente del calor y la humedad.<sup>31</sup> En los que domina la naturaleza seca y cálida (colérica), “la enfermedad se presenta durante los aflujos del fuego [caliente y seco], y la salud en los del agua [fría y húmeda]”. La naturaleza fría y seca (melancólica) es “enfermiza en el otoño, saludable en primavera”.<sup>32</sup> Así pues, cada estación del año es propicia a una naturaleza y contraria a otras en la lógica de que los contrarios, cuando no exceden demasiado uno a otro, tienden a nivelarse entre sí, no a destruirse; de modo que si la compleción es fría y húmeda le favorece una estación caliente y seca, no una estación también fría y húmeda porque en ese caso se aplica la lógica inversa de que los semejantes se incrementan uno al otro; y el incremento desproporcionado de las mismas calidades produce enfermedad y muerte.

Con la interpretación de las compleciones tanto generales (colectivas) como particulares (individuales), cronistas, médicos o astrólogos coincidieron en afirmar la dependencia del hombre respecto al orden exterior. El postulado más importante fue que la naturaleza de su cuerpo deriva de la naturaleza del lugar que habita porque es materia y, aunque semejante en su forma a la figura divina, es orgánico y sensitivo. Depende sobre todo del aire cuya “corrupción” deriva del “curso y ayuntamiento de planetas y estrellas que tienen virtud de influir unas mismas calidades, porque la virtud de ellos, congregada, fortifica alguna de las cuatro calidades [frío o caliente, húmedo o seco] con exceso causando destemplanza en los elementos y cosas elementadas, y de semejante destemplanza resultan las enfermedades”.<sup>33</sup> El estado óptimo es el del equilibrio de calidades contrarias; el mejor “mixto”

<sup>29</sup> *Tratados hipocráticos*, v. III, *Sobre la dieta*, 32, p. 45. Juan de Cárdenas, *op. cit.*, libro segundo, cap. XIII, p. 145.

<sup>30</sup> *Tratados hipocráticos*, v. III, *Sobre la dieta*, 32, p. 46.

<sup>31</sup> Juan de Cárdenas, *op. cit.*, libro tercero, cap. I, p. 183.

<sup>32</sup> *Ibid.* *Tratados hipocráticos*, v. III, *Sobre la dieta*, 32, p. 46.

<sup>33</sup> Henrico Martínez, *op. cit.*, tratado primero, cap. V, p. 9.

(lugar, cosa o ser) es precisamente aquel que sintetiza los extremos en una unidad estable, coherente y duradera, pero lo propio del mundo sublunar es, como hemos visto, el cambio, la trasmutación, la inestabilidad y la muerte.

El “estado más saludable del hombre es aquel en que todos los humores están cocidos y en equilibrio, sin que ninguno deje que se destaque su principio activo particular”;<sup>34</sup> pero esto es muy difícil porque desde su nacimiento cada hombre ya trae la disposición natural al predominio de uno de los cuatro humores en su cuerpo; esa disposición puede ser benéfica o perjudicial, según las características de la estación del año, del lugar en que habite, de la dieta que lleve y de las influencias planetarias. Y si bien “La naturaleza descubre los recursos por sí misma”<sup>35</sup> para restablecer el equilibrio en un cuerpo enfermo, el arte médico es necesario para ayudar a la recuperación de la salud. En la lógica de que “los contrarios son remedios de los contrarios”, la “medicina consiste en dar y quitar: quitar lo que sobra y dar lo que falta”.<sup>36</sup> O bien, dicho de otra manera, “si son lo caliente o lo frío, lo seco o lo húmedo los que dañan al hombre, es preciso que el que cure correctamente lo haga valiéndose también de lo caliente contra lo frío y de lo frío contra lo caliente, o de lo seco contra lo húmedo y de lo húmedo contra lo seco”.<sup>37</sup> Los contrarios son remedio de los contrarios si se saben aplicar con proporción, de modo que no exceda demasiado una calidad a su contrario. Si la diferencia entre uno y otro contrario es demasiado grande, entonces se destruyen: si es demasiado el calor exterior, el calor interior de los cuerpos fluye hacia fuera, dejando al hombre frío y seco; y al revés, si es un frío excesivo el que predomina en la región exterior, el calor interior es vencido y la humedad se congela. En resumen: la combinación de una calidad con otra semejante a ella, puede incrementarla hasta descomponer el cuerpo del que forma parte; pero también resulta un efecto destructivo cuando las que entran en contacto son calidades contrarias. En ambos casos, el efecto es la descomposición porque los dos semejantes o los dos desemejantes que interactúan son muy desproporcionados entre sí; es decir, uno es tan superior al otro que no tienden al equilibrio (a la gradual disminu-

<sup>34</sup> *Tratados hipocráticos*, v. I, *Sobre la medicina antigua*, 14, p. 154.

<sup>35</sup> *Tratados hipocráticos*, v. V, *Epidemias*, Libro VI, Sección V, 1, p. 230.

<sup>36</sup> *Tratados hipocráticos*, v. II, *Sobre los flatos*, p. 133.

<sup>37</sup> *Tratados hipocráticos*, v. I, *Sobre la medicina antigua*, 13, p. 150. En el tratado *Epidemias*, leemos que el arte de la medicina “consta de tres elementos, la enfermedad, el enfermo y el médico”. En este esquema, el médico “es el servidor del arte”; y el enfermo ha de oponer resistencia a la enfermedad junto con el médico. *Tratados hipocráticos*, v. V, *Epidemias*, libro I, 11, 2ª constitución, p. 61-62.

ción de la diferencia entre uno y otro) sino a un desequilibrio mayor (a incrementar su diferencia). Mientras mayor sea la desigualdad entre los semejantes y los desemejantes, los cambios se producen con mayor rapidez y violencia.

La aplicación exacta de estos principios médicos y físicos requirió el conocimiento de aspectos diversos que tienen que ver, por una parte, con la complejidad del hombre individual; y por otra parte, con las condiciones del lugar en que habita. El tratado hipocrático *Sobre los aires, aguas y lugares* fue especialmente importante durante el Renacimiento porque sirvió de modelo para integrar, en una sola interpretación, el macrocosmos con el microcosmos. Al instruir a su alumno, el maestro hipocrático le advertía que al llegar a una ciudad tendría que estudiar cómo estaba orientada al sol; a qué vientos estaba expuesta, si a los del norte, del sur, del este o del oeste; de dónde provenían las aguas que sus habitantes bebían; si existían o no depósitos de agua vecinos; si la ciudad se hallaba entre montañas o en valles. El médico tendría que explicar las enfermedades propias de una región, de una estación y de un año. Para los hipocráticos “el mal de calor sigue las regiones calientes, el de humedad las húmedas, el de frío las frías y el de sequedad las secas. Así que hay males propios y regionales de una provincia más que de otras”<sup>38</sup> de acuerdo con las causas superiores (celestes) e inferiores (terrestres). Mientras más regular sea el cambio de las estaciones durante un año, de modo que vengan a su tiempo los cambios esperados, las enfermedades son más fáciles de curar y menos peligrosas; pero si en vez de esto los cambios estacionales son bruscos y violentos, las enfermedades también se tornan difíciles y críticas.<sup>39</sup>

La dieta hipocrática seguía pues la siguiente regla: a) a los hombres de complejidad fría y húmeda “les conviene mantener una dieta de todo aquello que calienta y seca, tanto en alimentos como en ejercicios, y realizar los ejercicios que afectan al exterior del cuerpo más que al interior”; b) a los individuos de naturaleza cálida y húmeda “les conviene llevar una dieta de aquello que enfría y seca. Sus ejercicios deben afectar al interior del cuerpo”; c) a los que tienen una naturaleza caliente y seca “les convienen dietas que enfrían y humedecen”; y d) los de naturaleza fría y seca requieren dietas cálidas y húmedas.<sup>40</sup>

<sup>38</sup> Juan de Cárdenas, *op. cit.*, libro tercero, cap. V, p. 201.

<sup>39</sup> *Tratados hipocráticos*, v. V, *Epidemias*, libro II, 5, p. 145.

<sup>40</sup> *Tratados hipocráticos*, v. III, *Sobre la dieta*, 32, 46.

### *Las complexiones del cuerpo y las capacidades del alma*

Desde la antigüedad presocrática, el alma fue entendida como una existencia inmortal porque los filósofos le dieron una categoría semejante a las cosas inmortales; y esa semejanza se manifiesta en su movilidad.<sup>41</sup> Del mismo modo en que el mundo posee un alma que la anima, así también el cuerpo del hombre está animado por un alma que utiliza los sentidos para realizar sus operaciones; las cuales serán, de acuerdo con los tratados hipocráticos, más o menos perfectas según la disposición de los órganos corporales, especialmente del cerebro, sobre el cual tenía dominio el planeta Mercurio.

Del cerebro proceden “placeres, gozos, risas y juegos”; “penas y amarguras, sinsabores y llantos”. Con el cerebro razonamos, intuimos, vemos y oímos; con él “distinguimos lo feo, lo bello, lo bueno, lo malo, lo agradable y lo desagradable”.<sup>42</sup> La bilis y la flema pueden corromperlo; el exceso de humedad lo enloquece.<sup>43</sup> El cerebro, en fin, tiene el mayor poder en el hombre:

Pues es nuestro intérprete, cuando está sano, de los estímulos que provienen del aire. El aire le proporciona el entendimiento. Los ojos, los oídos, la lengua, las manos y los pies ejecutan aquello que el cerebro percibe. Pues en todo el cuerpo hay entendimiento, en tanto que hay participación del aire, pero el cerebro es el transmisor de la conciencia. Pues cuando el hombre recoge en su interior el aire que respira, éste llega en primer lugar al cerebro, y luego se reparte el aire en el resto del cuerpo, habiéndole dejado en el cerebro lo mejor de sí, y lo que le hace ser sensato y tener inteligencia.<sup>44</sup>

En la interpretación de la larga tradición grecolatina que llega al siglo XVI, el cerebro es pues el “asiento del ánima racional”.<sup>45</sup> Desde

<sup>41</sup> *Los filósofos presocráticos*, v. I, p. 398-405.

<sup>42</sup> *Tratados hipocráticos*, v. I, *Sobre la enfermedad sagrada*, 16; v. I, p. 415.

<sup>43</sup> *Ibid.*

<sup>44</sup> *Ibid.*, 19, p. 417. De los órganos del cuerpo, repitió Juan Huarte de San Juan en el último cuarto del siglo XVI, el cerebro es el instrumento más importante del alma porque en él se asienta. Y para que el hombre sea prudente y entendido ha de tener cuatro condiciones: el tamaño proporcionado y la “buena compostura” o forma, que sus partes estén bien unidas, que disponga de una “buena naturaleza”; es decir, “que el calor no exceda a la frialdad, ni la humedad a la sequedad”, y que esté compuesto de “partes sutiles y muy delicadas”. Juan Huarte de San Juan, *op. cit.*, cap. III de 1575 y VI de 1594, 2, p. 100-102. Y aún más, tanto depende el alma del cerebro, que “si el cerebro tiene el temperamento que piden las ciencias naturales, *no es menester maestro que nos enseñe*” porque por sí solo el cerebro conoce y discierne, *ibid.*, cap. IV de 1575 y VII de 1594, 5, p. 123.

<sup>45</sup> *Ibid.*, cap. III de la edición de 1575 y IV de 1594, 1, p. 100.

esta perspectiva, el alma es la esencia que depende, no obstante su condición trascendente, de la materia orgánica que anima. Por lo tanto, para el pensamiento aristotélico e hipocrático fue posible establecer principios, por llamarles así, *metageográficos*; es decir, que se preocuparon por elaborar arquetipos geográficos (montaña, llanura, valle, mar, litoral, región tropical, región templada, región fría) de los que hicieron derivar no sólo una condición física, sino incluso una condición moral y un destino para los individuos y los pueblos; al menos para los casos en que el hombre depende de la naturaleza porque no logra transformarla ni convertirla en civilización.

Al igual que en la física aristotélica, en la medicina hipocrática el cambio es efecto del movimiento y el movimiento es manifestación de un principio activo, por ejemplo, calor y frío. Por el contrario, lo que no cambia, lo que permanece siempre idéntico a sí mismo sobre la tierra, es manifestación de un principio pasivo que requiere para trasladarse de un lugar a otro, para acrecentarse, decrecer o para transmutarse, de un principio activo.

Llevadas a la realidad histórica y geográfica, estas ideas nos explican que donde el medio ambiente es siempre el mismo, donde el cambio de las estaciones no se siente o es casi imperceptible, donde no existen importantes variaciones del calor al frío y del frío al calor o de la humedad a la sequedad y de la sequedad a la humedad, los hombres se hacen indolentes, torpes y cobardes. Lo opuesto sucede donde las variaciones estacionales son bruscas: los hombres adquieren una naturaleza laboriosa, inteligente y valiente. Un principio anexo a esta asociación del cambio con la inteligencia y la virilidad por un lado, y de la apatía e impotencia por otro, es aquel que dice que donde la tierra es fértil y propicia a la habitación humana, donde no es necesario un gran esfuerzo para sobrevivir, los hombres se hacen húmedos, carnosos, lampiños, débiles, flojos, poco sufridos y de espíritu cobarde; torpes para las artes. Y al revés, donde la tierra es estéril y poco adecuada para el hombre, donde es necesario un gran esfuerzo para permanecer vivo, los hombres se hacen secos, duros, bien articulados, vigorosos, velludos; extremadamente laboriosos, de actitud vigilante, orgullosos, obstinados, tienen más de salvaje que de civilizados, son hábiles para las artes y aptos para la guerra. De acuerdo con estos principios, "el aspecto y las costumbres de los hombres se acomodan a la naturaleza del país".<sup>46</sup>

<sup>46</sup> *Tratados hipocráticos*, v. II, *Sobre los aires, aguas y lugares*, 23, p. 87-88. En la interpretación de Juan Huarte de San Juan (1575), "las regiones estériles y flacas, no paniegas ni abundosas en fructificar, crían hombres de ingenio muy agudo; y por lo contrario, las tierras

Al aplicar estos criterios en la comparación de los asiáticos con los europeos, los autores griegos establecieron que por dos motivos los asiáticos eran menos belicosos; el primero tiene que ver con su clima:

en Asia todo es más hermoso y mayor; el país está más cultivado y el carácter de sus habitantes es más dulce y sosegado. La causa de eso es la mezcla de las estaciones, porque Asia está situada en medio de los lugares de salida del sol, mirando hacia oriente y bastante lejos del frío. Crecimiento de las cosechas y aptitud para el cultivo los ofrece en grado sumo, siempre que no haya nada que predomine de forma violenta, sino que el equilibrio prevalezca en todo.<sup>47</sup>

Esta descripción refiere pues los principios comentados: la estabilidad y la mejor disposición en las condiciones naturales generan un pueblo poco activo y poco dinámico. Y es que, de acuerdo con esta apreciación, “los cambios en todos los aspectos son, en efecto, los que despiertan la inteligencia del hombre y no le permiten estar inactivo. Por esos motivos me parece a mí reitera el autor de *Sobre los aires, aguas y lugares* que carece de vigor el pueblo asiático y, además, a causa de sus instituciones, pues la mayor parte de Asia está gobernada por reyes”.<sup>48</sup> El segundo motivo por el cual los asiáticos son menos vigorosos, es que su régimen de gobierno establece la jerarquía de un solo hombre sobre los demás; como si cada individuo no tuviera la capacidad de gobernarse a sí mismo y requiriera de la autoridad de un superior. Los pueblos más combativos estarían formados entonces, por “hombres que son dueños de sí mismos y no están sujetos a un señor”. Al ser dueños de sí mismos, “desafían los peligros en su propio bien y obtienen personalmente tanto los premios por su valentía como el castigo por su cobardía”.<sup>49</sup> De acuerdo con estas apreciaciones, los europeos son, en cambio,

gruesas y fértiles engendran hombres membrudos, animosos y de muchas fuerzas corporales, pero muy torpes de ingenio”. Juan Huarte de San Juan, *op. cit.*, cap. XII de 1575 y XIV de 1594, 11, p. 283. La tierra infértil produce en este caso, ingenios sutiles y cuerpos flacos; las tierras fértiles, en cambio, cuerpos robustos pero ingenios ínfimos. Unos están destinados a mandar utilizando la fuerza de su inteligencia; los otros a obedecer con el uso de su fuerza corporal.

<sup>47</sup> *Tratados hipocráticos*, v. II, *Sobre los aires, aguas y lugares*, 12; p. 66-67. Clarence J. Glacken, *Huellas en la playa de Rodas. Naturaleza y cultura en el pensamiento occidental desde la Antigüedad hasta finales del siglo XVIII*, presentación de Horacio Capel, traducción de Juan Carlos García Borrón, Barcelona. Ediciones del Serbal, 1996, 729 p. Colección “La estrella polar”. Véase especialmente el capítulo 2.

<sup>48</sup> *Tratados hipocráticos*, v. II, *Sobre los aires, aguas y lugares*, 16, p. 73.

<sup>49</sup> *Ibid.*, p. 74.



belicosos por los cambios naturales de la tierra a lo largo de las cuatro estaciones y por no estar gobernados por un rey sino que viven bajo el régimen de la democracia en la que hay ciudadanos y no súbditos.

Esas condiciones exteriores de cambio o estabilidad en la naturaleza, de disponibilidad o carencia de recursos, hallan sus efectos prácticos en la naturaleza de los hombres. El planteamiento hipocrático dice que los componentes esenciales del hombre son el agua (fría y húmeda) y el fuego (caliente y seco); el fuego porque “puede moverlo todo en cualquier circunstancia” y el agua porque puede “nutrirlo todo en cualquier caso”.<sup>50</sup> La máxima movilidad representada por lo caliente del fuego contrasta con la movilidad mínima del frío. Como hemos visto, el calor (fuego) de cualquier cuerpo se nutre de su propia humedad (agua). La movilidad mayor o menor del alma en el cuerpo depende de la correlación que existe entre el agua y el fuego (entre la humedad y la sequedad; y entre el frío y el calor). Considerada así, el alma es una potencia orgánica y actúa y se manifiesta a través de las capacidades orgánicas.

Además de las correlaciones entre el fuego y el agua, el carácter del hombre también se hace derivar de las características de los poros de su cuerpo por los que el alma tiene que atravesar:

La causa de que el hombre tenga un carácter irascible, indolente, artero, simple, malévolo o benévolo, está en la naturaleza de los poros a través de los que se mueve el alma. Pues según como sean los conductos por los que el alma circula y a los que el alma se lanza y en los que se mezcla, así se forma el carácter. Por eso no es posible variar tales disposiciones mediante la dieta, porque no es posible moldear de nuevo una naturaleza oculta.<sup>51</sup>

El alma es pues, el principio de la movilidad; y podrá fluir más rápida o más lentamente no sólo por el dominio del agua o del fuego sino también de acuerdo con los conductos por los que atraviesa para animar todas las partes del cuerpo. El grado de movilidad del alma en el cuerpo determina un carácter bueno o malo, guerrero o pacífico, inteligente o torpe, audaz o tímido. En cualquier caso, si domina el fuego sobre el agua, esto significa que se sobrepondrá lo caliente a lo frío, lo seco a lo húmedo, lo sutil a lo denso, lo ligero a lo pesado, lo celeste a lo terrestre, la movilidad a la inmovilidad y lo más activo a lo menos activo. Si es el agua la que domina al fuego, prevalecerá entonces lo

<sup>50</sup> *Tratados hipocráticos*, v. III, *Sobre la dieta*, 3, p. 25.

<sup>51</sup> *Ibid.*, p. 53.

frío sobre lo caliente, lo húmedo sobre lo seco y lo pesado sobre lo ligero. En un moderado dominio del fuego sobre el agua, el alma será vivaz y despierta, la inteligencia creadora y activa, el ánimo guerrero y valiente. En el dominio del agua, el alma se manifestará lenta y torpe, la inteligencia indolente y pasiva, el ánimo pacífico y cobarde.

Recogiendo estos antiguos preceptos médicos, Juan de Cárdenas escribió desde el Nuevo Mundo que como la sequedad limpia el cerebro y los órganos, y el calor aviva y despierta las potencias sensitivas, la complejión colérica, que era propia de la nación española, según sus criterios y la tradición médica, es más adecuada que otras. Mientras “la frialdad amortigua y embota —reiteró el médico— así el calor aguza y despierta las potencias con gran eficacia”.<sup>52</sup>

Al igual que la cólera, la complejión sanguínea es también caliente, pero a diferencia de ella, es húmeda. Su humedad la hace “facilísima y muy presta en aprehender y percibir todas las especies de los objetos que a las sobredichas potencias se les proponen”. La sangre conserva el calor del cerebro y “mediante su purpúreo, alegre y rojo color, hace rojos los espíritus animales, que es un color que en cierta forma alegra y regala las potencias del alma, así como los negros y tenebrosos espíritus las entristecen, haciendo por el consiguiente a los hombres tristes (...)”.<sup>53</sup>

La melancolía y la flema son los humores fríos, una seca y la otra húmeda. Y la frialdad engendra esos espíritus negros y tenebrosos que hacen tristes a los hombres. Mientras la cólera y la sangre fueron considerados humores benignos, la melancolía y la flema fueron vistas como manifestaciones de una naturaleza en que el alma sería lenta; y por tanto menos activa. El humor menos favorable era el melancólico porque combina lo frío y seco; y ambas calidades, anotó Pedro Mexía, “son causa y principio de la muerte”:

Porque el frío es enemigo del calor, en quien está el principio de la vida; y la sequedad de lo húmedo, en quien se sostiene el calor, como se ve por experiencia en los viejos, cuanto más a la muerte se van acercando, van más secándose, y enfriando la complejión; y en los cuerpos muertos, que el calor y humedad vemos faltar y quedar sequedad y frialdad (...)<sup>54</sup>

<sup>52</sup> Juan de Cárdenas, *op. cit.*, libro tercero, cap. II, p. 188.

<sup>53</sup> *Ibid.*, p.189.

<sup>54</sup> Pedro Mexía, *op. cit.*, cuarta parte, cap. VI.

La complexión sanguínea es la de más larga vida; pero cuando su calor y humedad derivan no del agua sino del aire.<sup>55</sup> En la interpretación de Juan Huarte de San Juan, las cuatro calidades principales cubren las funciones básicas del cuerpo: el calor cuece, la frialdad apetece, la sequedad retiene y la humedad expele.<sup>56</sup> Y también determinan las funciones del cerebro: la humedad es fundamental para la memoria; y el principio contrario, la sequedad, para el entendimiento. Estas dos cualidades del cerebro son pues excluyentes una de la otra. A una buena memoria, un mal entendimiento; y a un buen entendimiento, una mala memoria. La buena memoria de un cerebro muy húmedo es posible porque la humedad ablanda al cerebro de modo tal que fácilmente se imprimen sobre él las experiencias y así viene a retener fácilmente. Las buenas memorias producen “ingenios racionales pasivos”; por el contrario, el buen entendimiento engendra “ingenios racionales discursivos y activos”;<sup>57</sup> una buena memoria es propia de seres húmedos, como los niños y las mujeres. La otra cualidad del cerebro, la imaginativa, es contraria al entendimiento y a la memoria; así, un hombre de gran imaginativa no tendrá buen entendimiento ni buena memoria.<sup>58</sup> Los pueblos que viven en las zonas frías, como los alemanes, tienen una gran memoria pero muy poco entendimiento; los que habitan en zonas más calientes tienen poca memoria pero un gran entendimiento, por ejemplo los españoles.<sup>59</sup>

Mientras el humor frío y seco produce tristeza, aflicción, adelgazamiento e inteligencia, el caliente y húmedo causa contento, alegría, gordura, relajamiento, torpeza e ignorancia.<sup>60</sup> La sangre y la flema “echan a perder la facultad racional” porque el entendimiento “depende de la sequedad”.<sup>61</sup> La flema y la sangre hacen las carnes blandas por su humedad; mientras la cólera y la melancolía las tornan duras por la sequedad. De acuerdo con la interpretación de Huarte el cuerpo de un hombre es sujeto de las cuatro combinaciones de las calidades principales a lo largo de las etapas de su vida; así, nace bebé, caliente y

<sup>55</sup> *Ibid.* También la humedad derivada del aire que se aloja en el cerebro es benéfica porque hace una memoria muy buena; en cambio la humedad que deriva del agua produce una memoria que fácilmente memoriza, pero rápidamente olvida. Juan Huarte de San Juan, *op. cit.*, cap. VI de 1575 y IX de 1594, 4, p. 167.

<sup>56</sup> Juan Huarte de San Juan, *op. cit.*, cap. I de la edición de 1594 (Adición a la de 1575), 10, p. 49.

<sup>57</sup> *Ibid.*, cap. V de 1575 y VIII de 1594, 7; p. 142.

<sup>58</sup> *Ibid.*, 8, p. 144.

<sup>59</sup> *Ibid.*, cap. VIII de 1575 y X de 1594, 9, p. 205-206.

<sup>60</sup> *Ibid.*, cap. V de 1575 y VIII de 1594, 6; p. 140.

<sup>61</sup> *Ibid.*, 7, p. 141.

húmedo, y muere viejo, frío y seco. De uno a otro extremo, el punto medio es la madurez, la templanza. En el temperamento caliente y húmedo de la infancia, dice Juan Huarte, siguiendo a Platón, “está el ánimo racional ahogada, sin poder usar de su entendimiento y voluntad y libre albedrío, hasta que con el discurso del tiempo pasa a otra edad y adquiere nuevo temperamento”,<sup>62</sup> cuando es menos húmedo y más seco, por ello más propicio al entendimiento. En virtud de su complejión caliente y húmeda, los niños son admirativos, disciplinables, blandos, tiernos, temerosos, vergonzosos, crédulos, caritativos, castos, humildes y simples. En el extremo opuesto, en la vejez fría y seca, están “todas las potencias perdidas” y el alma se hace “prudentísima, justa, fuerte y con temperancia”.<sup>63</sup> Apoyándose en Aristóteles, Huarte dice que, por virtud de su frialdad, los viejos tienen seis vicios: en primer lugar son cobardes “porque el ánimo y valentía consiste en el mucho calor y sangre del corazón, y los viejos tienen poca y muy fría”; también son avarientos, sospechosos, de mala esperanza, desvergonzados e incrédulos.<sup>64</sup> Si el hombre tuviera al nacer no el calor y la humedad de la infancia sino la frialdad y sequedad de la vejez, una vez nacido sabría “discurrir y raciocinar”, pero en cambio no tendría el impulso de mamar la leche de su madre.<sup>65</sup> “Los niños que se engendran de simiente fría y seca (como son los hijos habidos en la vejez) a muy pocos días y meses después de nacidos comienzan a discurrir y filosofar”. Así pues, el mejor temperamento para el alma es el de las calidades que aproximan el cuerpo a la muerte: a la complejión melancólica, fría y seca:

Yo para mí tengo entendido que la frialdad es la más importante para que el ánimo racional conserve sus virtudes en paz y que no haya en los miembros del cuerpo quien le contradiga. Porque ninguna calidad - dice Galeno- debilita tanto lo concupiscible e irascible como la frialdad, especialmente si está conjunta con la sequedad; y estando debilitada y enferma la porción inferior, las virtudes del ánimo racional crecen a palmos.<sup>66</sup>

Debilitado y enfermo el cuerpo, el alma crece; si en cambio está sano y vigoroso, el alma disminuye: Todo el tiempo que el cuerpo está poderoso con fuertes facultades vitales, naturales y animales, acuden

<sup>62</sup> *Ibid.*, cap. V de la edición de 1594 (Adición a la de 1575), 8; p. 90-91.

<sup>63</sup> *Ibid.*, p. 93.

<sup>64</sup> *Ibid.*

<sup>65</sup> *Ibid.*, cap. IV de 1575 y VII de 1594, 4, p. 118.

<sup>66</sup> *Ibid.*, cap. V de la edición de 1594 (Adición a la de 1575), 6; p. 86.

muy pocas virtudes morales al hombre; pero en perdiendo las fuerzas, luego el ánima crece en virtudes.<sup>67</sup>

Con esta apreciación, el pensamiento médico se asoció al pensamiento de los teólogos para repetir que la salud del alma radica en la enfermedad y muerte del cuerpo; porque “en perdiendo las fuerzas” el cuerpo “luego el ánima crece en virtudes”. Esta idea viene a rememorar el antiguo planteamiento de que los bienes terrenales no son compatibles con los bienes espirituales; la fuente común de estas apreciaciones fue, como cita Huarte, el propio Aristóteles. El *Problema XXX, 1*, afirma que la melancolía por compleción (por naturaleza y no por accidente), particularmente cuando no es muy extremosa, produce ingenios brillantes; a partir de entonces, “la grandeza espiritual de un hombre vino a medirse por su capacidad para experimentar y, por encima de todo, para sufrir”.<sup>68</sup>

La frialdad y sequedad del melancólico lo predispone pues a la sabiduría porque posee las calidades propicias al entendimiento. En cambio, una gran imaginativa deriva del mucho calor; el cual también engendra los tres principales vicios del hombre: soberbia, gula y lujuria, lo que le proporciona ánimo, valentía, astucia y maña. Por el contrario, la frialdad y sequedad inclinan al hombre a las virtudes: a la continencia, la humildad y la temperancia;<sup>69</sup> “así como estas dos calidades [imaginativa y entendimiento] son repugnantes y contrarias, es imposible ser un hombre muy animoso y prudente” a la vez.<sup>70</sup> A la imaginativa “pertenece el saber vivir en el Mundo”;<sup>71</sup> al entendimiento mirar más allá de él.

### *La naturaleza de los indios del Nuevo Mundo*

Al arribar a las orillas del Nuevo Mundo para luego internarse en sus selvas y montañas, los colonos, cosmógrafos, médicos y frailes que heredaron la tradición grecolatina, se preguntaron cuál podía ser el humor y la compleción que dominaba en los indios. Juan de Cárdenas lo planteó en los siguientes términos:

<sup>67</sup> *Ibid.*, 8, p. 93.

<sup>68</sup> Klibansky *et. al.*, *Saturno y la melancolía*, p. 63; Roger Bartra, *El siglo de oro de la melancolía*, p. 94-95.

<sup>69</sup> Juan Huarte de San Juan, *op. cit.*, cap. IX de 1575 y XI de 1594, 16, p. 240.

<sup>70</sup> *Ibid.*, cap. XIII de 1575 y XV de 1594, 5, p. 305.

<sup>71</sup> *Ibid.*, 11, p. 312.

como las costumbres y actos del cuerpo, y aun las operaciones del alma, sigan la complexión y temperatura del cuerpo y el predominio del humor que más reina y excede a los otros (según nos enseña Galeno, en aquel libro intitulado *Quod mores animini*, etcétera), es justo, como digo, saber qué complexión y qué humor es el que más reina en la gente de esta tierra; porque de necesidad han de ser las obras, actos y costumbres, según la cualidad y naturaleza del tal humor y complexión; también será necesario saber, qué actos y costumbres se sigan y sean propias de esa complexión, y con esto entiendo será fácil la solución de lo que se pregunta.<sup>72</sup>

Hubo varias respuestas a la pregunta de cuál era el humor (cuál la naturaleza, cuál la complexión, cuál la calidad) que predominaba en los indios: para algunos tenían una naturaleza “triste y melancólica y terrestre”;<sup>73</sup> para otros eran flemáticos; y para Bartolomé de las Casas eran “temperamentísimos”. En los dos primeros casos, los indios fueron asemejados al otoño y al invierno, a la vejez y a la muerte, y Las Casas, el defensor de los indios, trató de asemejarlos al equilibrio de los extremos más contradictorios.

Gonzalo Fernández de Oviedo consideró a los indios como gente “ociosa e viciosa, e de poco trabajo, e melancólicos, e cobardes, viles e mal inclinados, mentirosos e de poca memoria, e de ninguna constancia”;<sup>74</sup> y Bartolomé de las Casas respondió, en su *Historia de las Indias*, que Oviedo daba a los indios “por vicio lo que era natural y sin culpa”, refiriéndose a la complexión melancólica; “pero más por la mayor parte —agregó el fraile— son todas estas gentes sanguíneos y alegres como puede cada cual discreto entender por las cualidades de las regiones y también por los efectos de ser muy dados a regocijos y cantares y bailes”.<sup>75</sup> Ante las insistencias de que los indios eran “gentes salvajes y bestiales”, Las Casas insistió en su *Apologética* que las indianas gentes habían recibido de Dios y de la naturaleza “buenas y nobles ánimas”. Mientras otros consideraron las constelaciones del Nuevo Mundo como muy adversas para el alma y el cuerpo del hombre, Las Casas pensó que favorecían “a estas nuestras indianas gentes a que sean intelectivas, ingeniosas, racionales y de buena capacidad”.<sup>76</sup> Las Indias Nuevas eran,

<sup>72</sup> Juan de Cárdenas, *op. cit.*, libro tercero, cap. II, p. 187.

<sup>73</sup> Diego Durán, *Historia de las Indias de Nueva España y islas de Tierra Firme*, México, Editora Nacional S. A., 1951, 2 v.; epístola del segundo tratado; v. II, p. 70. Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias*, edición y estudio preliminar de Juan Pérez de Tudela, Ediciones Atlas, Madrid, 1959, libro III, cap. VI, v. I, p. 67.

<sup>74</sup> Gonzalo Fernández de Oviedo, *op. cit.*, libro III, cap. VI; v. I, p. 67.

<sup>75</sup> Las Casas, *Historia de las Indias*, libro III, cap. CXLIV; v. III, p. 327.

<sup>76</sup> Las Casas, *Apologética*, libro II, cap. XXXIII; v. I, p. 171.

según el fraile dominico, “temperatísimas, felicísimas, salubérrimas”;<sup>77</sup> eran como aquellas tierras que la tradición definió como las mejores:

aquella tierra, que no solo en la elección del lugar, sino en la templanza estuviere en el medio de calor, y frialdad, será fértil, llena de árboles, serena, apacible, con regalados vientos, con lluvias convenientes, y aguas de buena naturaleza, benigna y saludable, y producirá los hombres y mujeres de igual hermosura y apacibles costumbres, los frutos dará a sus tiempos maduros así los que la tierra ofrece como los que el arte, y agricultura cultiva, y tendrá abundancia de todo género de ganados y porque no hay cosa humana, que cabalmente sea perfecta, les faltará a los que en ella nacen el ánimo, atrevimiento y tolerancia del trabajo.<sup>78</sup>

Los habitantes del mejor lugar, que nos describe Diego Cisneros en la cita anterior, son de aquel en que la templanza significa que no existen grandes variaciones del frío al calor, o del calor al frío, de la sequedad a la humedad, o de la humedad a la sequedad, y en donde la naturaleza todo lo dispone en abundancia de modo que los hombres no hacen grandes esfuerzos por sobrevivir; en esos lugares los hombres serán “de igual hermosura y apacibles costumbres”, pero les faltará atrevimiento y “tolerancia del trabajo”, serán, pues, cobardes, débiles y flojos. Esa era una de las imágenes que los europeos se formaron de los indios al mirar desde la tradición grecolatina a las “Indias Nuevas”; y así tenemos a Las Casas forzando los argumentos para sostener que los indios “no sólo son de buenos y vivos entendimientos más que otras naciones, pero también no les falta naturalmente animosidad y esfuerzo de corazón”.<sup>79</sup> Sin embargo en otras partes de sus escritos no contradice la tradición y admite entonces que los indios son delicados, que no soportan los trabajos<sup>80</sup> y que un solo español puede correr tras cientos de indios.<sup>81</sup>

En los argumentos de Bartolomé de las Casas volvemos a encontrar la idea de que el efecto de la integración del hombre al lugar que habita, sobre su habilidad natural y capacidad de entendimiento, consiste en aproximarlos a las características de la juventud en las regiones frías y a las de la vejez en las “calientes templadas”:

<sup>77</sup> *Ibid.*

<sup>78</sup> Diego de Cisneros, *op. cit.*, cap. XV.

<sup>79</sup> Las Casas, *Apologética*, libro II, cap. XXXIII; v. I, p. 173.

<sup>80</sup> Las Casas, *Historia de las Indias*, libro III, cap. CXLIV; v. III, p. 327.

<sup>81</sup> Las Casas, *Apologética*, libro II, cap. XXXIII; v. I, p. 173.

Así, por la misma manera en las tierras calientes son los hombres naturalmente quietos y pacíficos, por no tener tantos movimientos y alteraciones por la falta del calor interior, como en los viejos, por lo cual son naturalmente sabios y para las ciencias más dispuestos; pero los habitantes de las tierras muy frías, por la frialdad exterior del continente, que es la región, cuando es mucha, no deja salir afuera el calor natural interior, y así son cálidos dentro más que los de tierras calientes, y por consiguiente son semejantes a los embriagos cuanto a la disposición del ánimo y del cuerpo, porque continuo están en movimiento y cuasi en una transmutación, y por esto son naturalmente audaces, osados y presumen de sí; como se sienten animosos, piensan por sus fuerzas poder a todos resistir e sobrepujar, porque no se mueven por vía racionativa, ni consideran los inconvenientes que les pueden ocurrir. Pero los que viven en las tierras cálidas templadas son sobrios y templados en el beber y comer, y en sus otros actos son moderados y medidos, no feroces ni temerarios, ni que mucho presumen de sí mismos, antes temen errar y que no les acaezca cosa que no les convenga. Esto les proviene por la exhalación dicha y el salir afuera el calor interior natural que causa el calor exterior de la región, enfriándoles y templándoles los espíritus por la manera dicha; por lo cual se hacen tímidos en alguna manera y menos feroces, y así son más quietos y consiguientemente más considerados; investigan e inquietan más las cosas y los fines que puede haber, y por consiguiente se hacen más sabios, porque la quietud y sosiego e inquisición dispone para la sabiduría, como se ha tocado. Todo por el contrario acaece en los que moran en las regiones frías.<sup>82</sup>

En la interpretación del defensor de los indios, la actividad del alma también estaba relacionada con los flujos de calor o frío en el cuerpo. El frío interior (y la sequedad también interior), consecuencia del calor exterior, producía hombres quietos, pacíficos, sabios, sobrios y templados en el beber y comer, tímidos, mientras que el calor inte-

<sup>82</sup> *Ibid.* libro II, cap. XXIV, v. I, p. 120-121. Al respecto, Juan Huarte de San Juan anotó que Aristóteles preguntó: “por qué los hombres que habitan en tierras muy calientes, como es Egipto, son más ingeniosos y sabios que los que moran en lugares fríos. A la cual pregunta responde que el calor demasiado de la región gasta y consume el calor natural del cerebro y le deja frío, por donde adienen a ser los hombres muy racionales; y por lo contrario, la mucha frialdad del aire fortifica el calor natural del cerebro y no le da lugar que se resuelva. Y así, los muy calientes del cerebro dice que no pueden discurrir ni filosofar, antes son inquietos y no perseverantes en una opinión”. Juan Huarte de San Juan, *op. cit.*, cap. V de 1575 y VIII de 1594, 4; p. 138. Más adelante, en la parte final de su trabajo, el mismo Huarte comenta que si un hombre es sabio, “luego es cobarde, de pocas fuerzas corporales, ruin comedor y no potente para engendrar: Y es la causa que las calidades que le hacen sabios, que son frialdad y sequedad, esas mismas debilitan las otras potencias; como parece en los hombres viejos, que si no es para consejo y prudencia, no tienen fuerza ni valor para más”, *ibid.*, cap. XV (3ª parte) de 1575 y XXI de 1594, 10, D, p. 413.



rior, resultado del frío exterior, generaba hombres audaces, osados y que “no se mueven por vía racionativa”. El calor seguía siendo considerado principio más activo que el frío. Llevadas a la realidad del Nuevo Mundo estas apreciaciones de Las Casas atribuirían a sus tierras esa naturaleza “cálida templada” y harían del indio un ser melancólico; sería, por lo tanto, naturalmente dispuesto para la sabiduría y la paz, pero también para la cobardía y pasividad; sin embargo, Las Casas insistió en atribuir a los indios una naturaleza templada más que melancólica.

La respuesta de Henrico Martínez y de otros cronistas de Indias es que los indios son de naturaleza flemática y sanguínea;<sup>83</sup> aunque tiende a predominar en ellos la flema. Flema y sangre comparten la humedad, calidad pasiva, pero se oponen en que una es fría y la otra caliente. A pesar de esta combinación, dice Cárdenas, predomina en los indios la frialdad y la humedad. La naturaleza que se atribuyó a los indios fue así completamente opuesta a la colérica, que era propia de los españoles y que dispensaba a los hombres el calor y la sequedad que facilitaban la inteligencia y la viveza del espíritu. La flema en cambio significaba el predominio de un alma lenta y el engendramiento de espíritus negros que hacían tristes a los hombres. Las razones por las cuales domina en los indios la naturaleza flemática son las siguientes: 1) por la influencia predominante de Venus, la cual dispensa humedad y calor.<sup>84</sup> Lo sanguíneo deriva de la influencia del sol (que en primer lugar influye cólera, caliente y seca, y en segundo lugar sangre, caliente y húmeda). Flema y sangre no se destruyen al oponerse en las calidades activas porque comparten una calidad pasiva: la humedad; 2) por haber en las Indias excesivo calor, el cual, como hemos visto, provoca que los poros de la piel se abran y fluya por ellos al exterior el calor interior de los cuerpos, dejándolos fríos por dentro; 3) porque en las Indias hay una humedad excesiva debido a que su subsuelo es cavernoso, y estas cavernas están llenas de agua que al ser calentada por el sol se levanta en “humedísimos vapores”.<sup>85</sup> Si por una parte el sol consume del aire un grado de humedad, por otra levanta cuatro grados de los abismos de la tierra, “y así mientras más calor reina en una provincia de Indias, es fuerza sea más húmeda”;<sup>86</sup> y esa humedad exterior se reproduce en el interior de los cuerpos de los hombres a través de los alimentos y el aire que consumen. La desafortunada combina-

<sup>83</sup> Henrico Martínez, *op. cit.*, tratado tercero, cap. II, p. 163-164.

<sup>84</sup> Juan de Cárdenas, *op. cit.*, tratado tercero, cap. XII, p. 176-177.

<sup>85</sup> *Ibid.*, libro primero, cap. II, p. 29-30.

<sup>86</sup> *Ibid.*; p. 31.

ción de frío y humedad en exceso “apaga y mata el calor” interior<sup>87</sup> y el sueño y la necedad son sus manifestaciones más importantes.<sup>88</sup> Lo deseable sería “que el calor tenga algún dominio, y ventaja, pero limitada, y ordenada, sobre lo húmedo, que de otra manera no podría mantenerse del”.<sup>89</sup> Y es que la blandura de la humedad “quita las fuerzas al calor y le hace que no queme tanto, y así [el calor] se halla mejor con la sequedad, porque le aguza sus obras”.<sup>90</sup>

En los “tres géneros de inhabilidad” que describe Huarte de San Juan, el peor es precisamente el de los que tienen una complexión fría y húmeda. “Estos difieren muy poco de los brutos animales —dice el médico— y están siempre durmiendo aunque los vemos velar”. En estos hombres, “el alma está tan sepultada en las calidades materiales del cuerpo, y tan asida de las causas que echan a perder la parte racional, que para siempre quedan privados de poder engendrar ni parir conceptos tocantes a letras y sabiduría”.<sup>91</sup> Desde la antigüedad se afirmó que con esta naturaleza fría y húmeda los hombres nacen eunucos o hermafroditas.<sup>92</sup> El pueblo escita fue el pueblo húmedo y frío de esa antigüedad grecolatina; vivía en torno de la laguna Meótide y presentaba “un parecido dentro de sí mismo, al igual que el pueblo egipcio”. Era descrito como “muy poco fecundo” y hasta los animales salvajes de la región eran “muy exiguos en tamaño y número”.<sup>93</sup> La excesiva humedad y frialdad en el cuerpo de los escitas provocaba que también su simiente fuera húmeda y fría, por lo cual cuando engendraban nacían sobre todo niñas u hombres afeminados.<sup>94</sup>

Los indios del Nuevo Mundo fueron asemejados a la misma naturaleza fría y húmeda que los escitas; al igual que en ellos, la humedad les destruía el impulso sexual e incluso los reducía a la impotencia. Al utilizar la tradición grecolatina para describir al Nuevo Mundo y a sus habitantes los cronistas establecieron entre españoles e indios naturalezas antagónicas: si los indios eran fríos y húmedos, los españoles eran

<sup>87</sup> Pedro Mexía, *op. cit.*, cuarta parte, cap. VI.

<sup>88</sup> Juan Huarte de San Juan, *op. cit.*, cap. II de la edición de 1594, 3, p. 55.

<sup>89</sup> Pedro Mexía, *op. cit.*, cuarta parte, cap. VI, p. 383.

<sup>90</sup> Juan Huarte de San Juan, *op. cit.*, cap. VI de 1575 y IX de 1594, 4, p. 164.

<sup>91</sup> *Ibid.*, cap. II de la edición de 1594, 3, p. 55.

<sup>92</sup> *Ibid.*, cap. IV de 1575 y VII de 1594, 2, p. 113. La humedad estuvo asociada con la oscuridad, la sequedad con la luz: “Cuanta oscuridad ponga la humedad en los objetos y cuánto resplandor y claridad la sequedad se echa de ver claramente en las noches, corriendo ábrego [sur: caliente y húmedo] o cierzo [norte: frío y seco]: el uno pone las estrellas tristes y oscuras, y el otro claras y resplandecientes”, *ibid.*, cap. VI de 1575 y IX de 1594 (Variantes), 4, p. 174.

<sup>93</sup> *Tratados hipocráticos*, v. I, *Sobre los aires, aguas y lugares*, 17-22, p. 74-83.

<sup>94</sup> Juan Huarte de San Juan, *op. cit.*, cap. XV (2ª Parte) de 1575 y XX de 1594, 5, p. 394.

calientes y secos. Una y otra naturaleza producen seres también contrarios. Mientras los españoles fueron asemejados, en virtud de su naturaleza colérica, al sol, al día, a la masculinidad, a la fuerza, a la actividad y a la juventud, los indios, debido a su naturaleza flemática, fueron asemejados a los signos contrarios: a la luna, a la noche, a la feminidad, a la debilidad, a la inactividad y a la vejez. También en el antagonismo que enfrentaba a españoles e indios los principios de la naturaleza preveían que los contrarios podrían destruirse, pero también complementarse.

### *La naturaleza de los animales de las Indias Nuevas*

Al igual que en la región de los escitas, también los animales del Nuevo Mundo muestran los mismos efectos que los indios, pues no son, a diferencia de los de Europa, fieros y bravos sino cobardes. Los animales carnívoros son débiles, tímidos, afeminados y flojos. El calor de las Indias no tiene sobre ellos el efecto que debiera esperarse: fiereza, agresividad y vigor. El temple natural de los animales con sangre, corpulentos y carnosos, es caliente y seco; pero la humedad natural de las Indias les afloja y relaja “su natural sequedad, consistencia y firmeza”, y además, ya que el calor natural del aire abre los poros y atrae afuera el calor interior de sus cuerpos:

es de fuerza que sean ínfimos y remisos en sus obras, por obrar (como digo) con superflua humedad y falta de calor natural que dé fuerza y vigor a las tales obras, la cual falta no tendrán estos mismos animales criándose en la Europa, porque como es la tierra de suyo enjuta [seca], no hay humedad que afloje o relaje, y asimismo con la frialdad de la región se aprietan las carnes y se conserva mucho mejor el calor natural, y así obran con gran fiereza y firmeza los que son carniceros y bravos, y los ponzoñosos con más fuerte ponzoña, y es por el mayor y más fuerte calor que en sí tiene la sangre, de que la tal ponzoña se hace.<sup>95</sup>

Cárdenas insiste y pregunta:

¿qué fuerza ni fortaleza tienen en las Indias ningún animal de éstos, que todo su vigor, fiereza y ánimo, no sea sombra en comparación de aquella furia y robustas fuerzas de los que se crían en la Asia, Africa y Europa? ¿Qué león criado en las Indias puede competir en fuerzas y

<sup>95</sup> Juan de Cárdenas, *op. cit.*, libro tercero, cap. XIV, p. 235.

furor con uno de los que se crían en nuestra España? Y la misma comparación se puede hacer entre los toros, entre los perros y entre todos los animales que llaman carnívoros, quiero decir, que en tanto grado son flojos, débiles y afeminados todos estos animales en las Indias, cuanto son de bravos y fuertes en otras provincias del mundo.<sup>96</sup>

En todo caso, si los animales son excesivamente secos, entonces la humedad de la región puede templarlos y sólo en ese caso los animales serán diestros y hábiles. Los animales sin sangre, como el mosquito, alacrán, chinche, hormiga y araña, son, por su parte, más venenosos que en otras provincias del mundo. Al ser animales sin sangre, tienen una complexión fría y seca; pero el temple caliente y húmedo de las Indias les corrige ese exceso y provoca que su veneno sea mortífero.

### *La naturaleza de los criollos de Nueva España*

Las influencias que el hombre recibe del lugar que habita fueron planteadas no sólo respecto a los indios, a los animales y a las plantas del Nuevo Mundo sino también en los casos de los españoles emigrados a América y de sus descendientes criollos. Y es que sobre la herencia de sangre terminaba imponiéndose, en el transcurso de varias generaciones, la influencia del lugar continente. En la idea de que el hombre es un microcosmos, su cuerpo termina siendo una reproducción de la tierra en que viva. Así lo reiteró Juan Huarte de San Juan: “Esto tiene la naturaleza del hombre y de cualquier animal y planta: que luego toma las costumbres de la tierra donde vive y pierde las que traía de otra, y, en cualquiera cosa que la pongan, en pocos días la hace sin contradicción”.<sup>97</sup>

De acuerdo con este principio, Henrico Martínez anotó que en los españoles emigrados a las Indias Nuevas sucede lo siguiente. Se observan en ellos “algunas mudanzas, según el temperamento e influencia celeste de este clima, y según la calidad de los nuevos alimentos crían nueva sangre, y la nueva sangre produce nuevo humor, y el nuevo humor nueva habilidad y condición”. Con el calor de las Indias, la naturaleza de los europeos deriva en “buenos entendimientos”; las “buenas habilidades forasteras se mejoran y las no tales se reparan”.<sup>98</sup> La naturaleza de Nueva España podía pues ser benigna sólo para los inmigrados españoles y sus descendientes criollos, pero no para los indios.

<sup>96</sup> *Ibid.*, p. 232.

<sup>97</sup> Juan Huarte de San Juan, *op. cit.*, cap. XII de 1575 y XIV de 1594, 18, p. 289.

<sup>98</sup> Henrico Martínez, *op. cit.*, tratado tercero, cap. XIII, p. 178.

Los hijos de los emigrados combinan en su complexión la herencia de los padres con las influencias de la tierra. Siendo la nación española de complexión colérica, dice Henrico Martínez, de lo que se trata es de “ver si esta calidad permanece en ellos, aunque habiten y nazcan en tierras de diferente clima y temperamento que España”.<sup>99</sup> Martínez ensaya una respuesta en que los criollos son de *naturaleza colérica sanguínea*:

dice el filósofo [Aristóteles] que el cuerpo participa la calidad de la región donde nace, según lo cual los españoles que son nacidos y habitan en esta Nueva España participan del humor flemático sanguíneo, casi accidentalmente; mas el humor colérico heredado por generación, aunque admite y recibe el humor sanguíneo por la semejanza que tiene con él en la calidad activa, resiste al humor flemático por serle contrario y repugnante de todo punto; mas esto no tan a su salvo que no pierda mucha parte de su fuerza, de suerte que viene a quedar igual al humor sanguíneo, y así parecen ser los españoles nacidos en esta tierra generalmente de complexión colérica sanguínea, participando casi igualmente de entrambos humores.<sup>100</sup>

En este caso, se combina la herencia colérica con lo sanguíneo de la tierra. Así, la naturaleza de los criollos integra en partes casi iguales la influencia de la tierra con la herencia de los padres, pero esto sucedería sólo en las primeras generaciones, cuando “los aires de la infancia” y las “fuerzas de la generación” no se hubieran desgastado hasta desaparecer. La condición colérica, como cualquier otra, “se desvanece en las siguientes generaciones”.<sup>101</sup>

Juan de Cárdenas elaboró la misma apreciación que Henrico Martínez, pero sostuvo que la naturaleza de los criollos era más bien “sanguínea colérica” (que “colérica sanguínea”); la cual, según él era la mejor de todas.<sup>102</sup> La sequedad de la cólera de los padres, dice, se temple en los hijos por la humedad de la región y de los alimentos; así, calor y humedad juntas dan un temperamento sanguíneo, pero con el transcurso del tiempo la sangre (caliente y húmeda) deriva en cólera (caliente y seca), una vez que el calor consume la humedad, esto quiere decir que los niños y jóvenes criollos son sanguíneos, y los viejos criollos sanguíneos coléricos:

<sup>99</sup> *Ibid.*, tratado tercero, cap. XII, p. 177.

<sup>100</sup> *Ibid.*

<sup>101</sup> Juan Huarte de San Juan, *op. cit.*, cap. XII de 1575 y XIV de 1594, 18, p. 289.

<sup>102</sup> Juan de Cárdenas, *op. cit.*, libro tercero, cap. II, p. 187.

y así vemos que en todo dan muestra de tener semejante complexión, porque todos en general son blancos y colorados (como no tengan mezcla de la tierra); son asimismo francos, liberales, regocijados, animosos, afables, bien acondicionados y alegres, que son las propias costumbres y cualidades que siguen la sanguínea y colérica complexión.<sup>103</sup>

Los hombres de complexión sanguínea con mezcla de colérica, son “prestos en aprehender y percibir; prestos y vivos en entender y obrar; agudos en trascender, tenaces en retener, porque todos estos efectos son propios de la complexión sanguínea colérica”,<sup>104</sup> pero así como producen los anteriores efectos la sangre y la cólera juntas, así también producen efectos negativos por ser “humores calientes, delgados y ágiles, que con facilidad se mueven, así causan mudanza y variedad en los hombres, haciéndoles poco perseverantes en sus cosas, y así realmente podemos decir, que en esta tierra sobra en los hombres la viveza y falta de constancia y perseverancia en lo que se ponen a hacer, porque con el hervor y facilidad que se comienza, no se persevera y prosigue en ella, y esto lo hace el faltar el peso y aliento de la melancolía, la cual es fuerza que falte con el predominio de la sangre”.<sup>105</sup> Sin embargo, continúa Cárdenas,

la entendida, trascendida y perspicaz gente indiana, suple con su bueno y delicado ingenio la falta que en esto les pudo hacer naturaleza, y así tengo por muy cierto para mí hay gente nacida en Indias, que no solo en su vivo y delicado entendimiento, pero que también en peso, constancia y perseverancia, se pueden aventajar a otras naciones del mundo, como podríamos ver, discurriendo y entrando en particular por ilustres y generosas casas de muchos, cuyos famosos descendientes, ilustran y hermocean este Nuevo Mundo de las Indias; lo mismo podríamos ver por letrados sapientísimos de esta tierra, a quien la cortedad de ella tiene sepultados, teniendo partes para resplandecer y señalarse en todas las universidades del mundo; así que podemos concluir, que a la gente de esta tierra les compete la viveza y delicadeza de ingenio por naturaleza, y la constancia por propia virtud, repugnando a la complexión y composición que por parte de los cuatro humores les compete, y esto les es más de agradecer”.<sup>106</sup>

Los criollos de Nueva España, por participar de la naturaleza sanguínea se podría esperar que vivan más que los coléricos precisamente

<sup>103</sup> *Ibid.*, p. 188.

<sup>104</sup> *Ibid.*, p. 189.

<sup>105</sup> *Ibid.*, p. 190.

<sup>106</sup> *Ibid.*

porque disponen de mucha humedad, a diferencia del colérico que precisamente por su excesivo calor consume rápidamente su humedad;<sup>107</sup> pero en realidad, los criollos viven menos que los españoles, lo cual se explica por las siguientes razones: a) por el calor y la humedad de las Indias, pues el calor del aire “exhala el calor propio nuestro” y deja al cuerpo frío por dentro, y por la humedad que “hincha los cuerpos de excrementos, los cuales poco a poco van sin enfermedad ahogando el calor natural y acortando la vida”;<sup>108</sup> b) por la “poca virtud y sustancia de los mantenimientos de esta tierra”. Mientras más come un hombre en las Indias, más parece quedarse sin fuerzas;<sup>109</sup> c) por la ociosidad, el exceso carnal, la mala digestión por un estómago deficiente y la laxitud, flojedad, blandura y mala compactación de todos los cuerpos debido a la humedad de las Indias:

La ociosidad asimismo, con que los hombres viven de ordinario y el mucho vicio con que se crían en todo, es parte para poco a poco ir apagando el calor natural y acortar la vida, porque con la ociosidad y copia de manjares, se recoge y engendra gran copia de excrementos, y éstos ahogan el calor natural; los excesos demasiados con mujeres, que muchos en general tienen, ayudan de su parte a consumir el calor natural y húmedo radical en que el tal calor se conserva; también el digerir mal los manjares, así por comerse muchos, como por la común enfermedad que en esta tierra comúnmente se padece del estómago, todo esto ayuda a cortar la vida y madurar antes de tiempo la vejez, haciendo acercar la muerte natural; ayuda últimamente a todo esto, la delicadeza, ternura y sustancia blanda que tienen en sí todos los cuerpos en las Indias, porque como la tierra es húmeda, así la propia textura y sustancia de que nuestros miembros son compuestos es laxa, floja, blanda y mal compacta y mal unida casi, de la cual con mucha facilidad se exhala el natural calor, no pudiendo por mucho tiempo conservarse en ella, y esto se da por satisfacción a esta duda.<sup>110</sup>

Pero a pesar de que los criollos tienen un cuerpo frágil que se deteriora más rápidamente que el de los españoles, todos los hijos de españoles nacidos en las Indias, son “a una mano de agudo, trascendido y delicado ingenio”, de mayor capacidad que el de los peninsulares.<sup>111</sup>

<sup>107</sup> Pedro Mexía, *op. cit.*, sexta parte, cap. 20.

<sup>108</sup> Juan de Cárdenas, *op. cit.*, libro tercero, cap. I, p. 184.

<sup>109</sup> *Ibid.*

<sup>110</sup> *Ibid.*, p. 185.

<sup>111</sup> *Ibid.*, libro tercero, cap. II, p. 185.

### *La segunda naturaleza*

En cada hombre, anotó Henrico Martínez, se manifiestan dos inclinaciones, una “por naturaleza por haber nacido con ella”, y otra por “ser accidentalmente adquirida con el uso y la costumbre”, o bien “por todo junto, aunque la más eficaz y arraigada es aquella con que el hombre nace”.<sup>112</sup> La inclinación consiste en “un cierto apetito que cada uno en sí tiene que incita a algún acto particular de bien o de mal”.<sup>113</sup>

Pero de cualquier manera que sea —continúa Martínez— puede el hombre vencer y forzar su inclinación y hacer cosas contrarias de las que él mismo desea y vencer su apetito; porque los actos humanos dependientes de la libre voluntad no están sujetos a la influencia celeste, y esta verdad alcanzó con sola luz natural aquel insigne filósofo Ptolomeo, pues dijo aquella sentencia tan célebre, que *el hombre sabio señora las estrellas*.<sup>114</sup>

Así como “el cuerpo recibe la calidad de la tierra a donde se cría”, así también el alma recibe del cuerpo una inclinación natural.<sup>115</sup> Esa inclinación natural a veces orientaba a los hombres al pecado y a veces a la virtud. En un párrafo que aparece en la edición original de su *Examen de ingenios para la ciencia*, y que es expurgado por la Inquisición en la edición de 1594, Huarte de San Juan sostiene que “La naturaleza no inclina al hombre a la virtud”. Y pone como ejemplo a Adán, quien a pesar de haber sido hecho perfecto por Dios, si el mismo Dios “no le infundiera una calidad sobrenatural que le reprimiera la porción inferior, era imposible quedando a los principios de su naturaleza, dejar de ser inclinado a mal”. Así:

Siendo, pues, la facultad irascible y concupiscible tan poderosa, por el mucho calor, y la racional tan flaca y remisa para resistir, proveyó Dios de una calidad sobrenatural que llaman los teólogos *justicia original*, con la cual se repriman los ímpetus de la porción inferior; y la parte racional quedó superior, y el hombre inclinado a virtud. Pero en pecando nuestros primeros padres, perdieron esta calidad, y quedó la irascible y concupiscible en su naturaleza, y superior a la razón por la forta-

<sup>112</sup> Henrico Martínez, *op. cit.*, tratado primero, cap. XIII, p. 21.

<sup>113</sup> *Ibid.*, p. 20.

<sup>114</sup> *Ibid.*, p. 21.

<sup>115</sup> *Ibid.*, tratado tercero, cap. VIII, p. 172. Las Casas, *Apologética*, libro II, cap. XXIII, v. I, p. 116.



leza de los tres miembros que dijimos, y el hombre *pronus ab adolescentia sua ad malum*.

De esta doctrina se infiere en buena filosofía natural, que si el hombre ha de hacer algún acto de virtud en contradicción de la carne, es imposible poderlo obrar sin auxilio exterior de gracia, por ser las calidades, con que obra la potencia inferior, de mayor eficacia [...] Por donde, sin que la Iglesia católica nos enseñara que sin auxilio particular de Dios no podemos vencer nuestra naturaleza, nos lo dice la filosofía natural.<sup>116</sup>

En la mirada del médico, las inclinaciones naturales y las diferencias de entendimiento entre los hombres están dadas no porque las almas fueran distintas, sino por la variedad en la naturaleza de los cuerpos. “El alma racional —anota Huarte al seguir de cerca a Hipócrates— siempre es la misma por todo el discurso de la vida, en la vejez y en la niñez, y siendo grandes y pequeños; el cuerpo, por lo contrario, jamás está quedo en un ser, ni hay manera para conservarlo”.<sup>117</sup> El alma representa la identidad, la permanencia, el principio trascendente; el cuerpo la diversidad, el cambio y la trasmutación:

si el entendimiento estuviere apartado del cuerpo —insistió el médico— y no tuviere que ver con el calor, frialdad, humedad y sequedad ni con las demás calidades corporales, seguiríase que todos los hombres tendrían igual entendimiento y que todos razonarían con igualdad [...] Porque todas las ánimas racionales y sus entendimientos, apartadas del cuerpo, son de igual perfección y saber.<sup>118</sup>

El hombre es pues un compuesto de cuerpo y alma, de materia y forma, de olvido y memoria y lo que tuvo que aclarar Huarte ante la vigilancia inquisitorial era la dependencia que podía haber entre una y otra desde el punto de vista médico. Si el hombre fuese sólo un “agente natural” es decir, “si las virtudes y vicios fuesen hábitos que dependieran del temperamento”, el hombre no sería libre pues estaría sujeto al “apetito bueno o malo que señalase el temperamento”:

y de esta manera las buenas obras no merecerían ser premiadas ni las malas castigadas conforme aquello *in naturalibus nec meremur nec demeremur* [En los actos naturales —fisiológicos— no hay mérito ni demérito]. Mayormente que vemos muchos hombres virtuosos con temperamento malo y vicioso, que los inclina antes a pecar que a obrar confor-

<sup>116</sup> Juan Huarte de San Juan, *op. cit.*, cap. XIV de 1575 y XVI de 1594, 6, p. 346.

<sup>117</sup> *Ibid.*, cap. V de la edición de 1594, 1, p. 81.

<sup>118</sup> *Ibid.*, cap. VI de 1575 y IX de 1594, 4, p. 160.

me a virtud; de quien se dijo: *vir sapiens dominabitur astris* [el hombre sabio dominará su estrella].<sup>119</sup>

La libertad del hombre, desde la perspectiva del cristianismo español, radicó precisamente en el libre albedrío. A pesar de la idea de que el hombre se integra al mundo a través de la combinación de calidades, los teólogos tuvieron cuidado de insistir en que su alma, en virtud de su naturaleza espiritual, es continente del cuerpo y no su contenida, por lo tanto no pueden determinarla las influencias astrales, al menos no cuando el hombre dirige su voluntad al fin divino e incrementa su sabiduría con disciplina y rigor sobre el cuerpo. El despliegue de las potencias intelectuales y la disminución paralela de los instintos del cuerpo, representa el crecimiento de la civilidad: construcción de ciudades, leyes, repúblicas, reinos, edificios, casas, etcétera. Las influencias del lugar pueden ser adversas porque estimulen en el cuerpo las bajas pasiones, y lo único con lo que el hombre logra contrarrestarlas es con la sabiduría y el régimen político de su vida. De esa manera lo señaló Santo Tomás:

Como ya se ha dicho, el apetito sensitivo es acto de un órgano corporal. Por eso puede suceder que, por influjo de los cuerpos celestes, algunos sean más propensos a la ira, a la concupiscencia o a otras pasiones; así como acontece que tantos hombres mal inclinados por su compleción natural se entreguen a las pasiones, a las que sólo los sabios resisten. Y de ahí proviene que muchas veces se cumplan los pronósticos sobre los actos humanos, fundados en la observación de los astros. No obstante, según declara Tolomeo en su “Centiloquio”, “el sabio se sobrepone a los astros”, porque, resistiendo a las pasiones, frustra los efectos de esos cuerpos celestes por el predominio de su voluntad libre, en nada subyugada al movimiento planetario.<sup>120</sup>

Aunque “la influencia de los astros logra hacer efecto en la mayoría, que no resiste a la tentación corporal (...) no siempre sucede lo mismo, ya que aquí y allá suelen algunos resistir a los impulsos”.<sup>121</sup> En fin, al ejercer su voluntad libre, los sabios se sobreponen a su cuerpo, a los astros y a cualquier determinación material; en ese sentido, la sabi-

<sup>119</sup> *Ibid.*, cap. V de la edición de 1594, 3, p. 83.

<sup>120</sup> Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, texto latino de la edición crítica leonina, traducción y anotaciones por una comisión de padres dominicos presidida por el excmo. y rvdmo. sr. dr. fr. Francisco Barbado Viejo, O. P. obispo de Salamanca, introducción general por fray Santiago Ramírez, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1957, 1-2, q. 1, a. 5.

<sup>121</sup> Tomás de Aquino, *Suma contra los gentiles*, traducción y estudio introductorio por Carlos Ignacio González, México, Editorial Porrúa, 1977, 730 p., p. 417.

duría se aproxima a la santidad del ideal cristiano, el cual supone que “La vida del hombre es batalla sobre la tierra”.<sup>122</sup> Los “benditos padres y religiosos” que emigraron del Viejo al Nuevo Mundo para rescatar a los idólatras fueron herederos de esa larga tradición ascética; ellos, escribió fray Juan de Torquemada, pelearon contra el mundo, el demonio y la carne, y el medio de su triple triunfo fue la sujeción de la sensualidad a la razón “con ayunos, disciplinas, oraciones y otros ejercicios corporales y espirituales”. Ellos pudieron decir con San Pablo: “Castigamos nuestros cuerpos y hémoslos hecho servir al espíritu; ¿por qué?, porque predicando a los otros no seamos hechos malos”.<sup>123</sup>

Los sacerdotes hallaron en la sabiduría y la santidad la fuerza que los proyectaba más allá de las limitaciones de la tierra, y en la discusión que atribuía al indio del Nuevo Mundo una naturaleza degradada desde su nacimiento José Acosta apuntó que son más importantes la educación y las costumbres que la marca de un lugar: “mucha más fuerza tiene la educación y el buen ejemplo, que entrando desde la misma infancia por los sentidos, modela el alma aún tierna y sin pulimento; porque le infunde formas vivas en las que, imbuida la mente, es llevada como por natural inclinación a apetecer, obrar y rehuir, del modo que cualquier naturaleza obra según las formas que tiene en sí”.<sup>124</sup> Se trataba pues, de educar al indio y de incorporarlo a la tradición grecolatina para introducirle desde la más tierna infancia las formas espirituales que lo orientaran a Dios. Las fuerzas de la educación y de la costumbre definían una “segunda naturaleza” que se sobreponía a la influencia de las causas superiores e inferiores.

Artículo recibido el 23 de junio de 1999 y aprobado el 7 de julio de 1999.

<sup>122</sup> Torquemada, *Monarquía indiana*, edición preparada por el seminario para el estudio de fuentes de tradición indígena, bajo la coordinación de Miguel León Portilla, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1976; prólogo al libro XX; v. 6, p. 129.

<sup>123</sup> *Ibid.*

<sup>124</sup> José Acosta, *De procuranda indorum salute. Predicación del evangelio en las Indias*, introducción, traducción y notas por Francisco Mateos, edición castellana anotada, Madrid, 1952, 621 p.; libro primero, cap. VIII, p. 91.